

Oración para iniciar la reunión
 Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) La gratitud en la actualidad.....	2
2) La gratitud y la palabra	2
3) La acción de gracias	3
4) El agradecimiento a Dios.....	4
5) La Eucaristía, escuela de la acción de gracias	5
6) Conclusión: amor y gratitud.....	6
7) Concretando	6
8) Compromiso.....	7
9) Y ¿cómo puedo ampliar?.....	7

TEMA 5. La virtud del agradecimiento

En el Evangelio de san Lucas (Lc 17,12-19) se nos narra que al entrar Jesús en un pueblo salieron a su encuentro diez leprosos que, a distancia, le rogaban con insistencia su curación. Mientras iban a presentarse a los sacerdotes, como les mandó el Señor, quedaron sanos los diez, pero solamente uno de ellos, samaritano, se volvió a Jesús y postrándose rostro en tierra le daba gracias.



El artista Marko Rupnik ha representado la escena de la curación del leproso en un mosaico de la cripta inferior de la iglesia dedicada a San Pio de Pietrelcina, en San Giovanni Rotondo, al sur de Italia. Como podemos ver en la imagen, Jesús toma con una mano al enfermo y le impone la otra mano en la cabeza. Además, el pie del leproso toca el pie de Jesús, por lo que el sentido del tacto aparece fundamental para curar la lepra. La interacción de los cuerpos en movimiento con el penetrante encuentro de miradas llena de fuerza expresiva la acción de Jesús.

Tras haber profundizado los pasados meses en las experiencias de la filiación y la fraternidad nos proponemos ahora ahondar en la virtud del agradecimiento. Se trata de una virtud que nace y crece con estas dos experiencias fundamentales, y no cesa de acompañarnos de por vida. En un mundo en el que prima el individualismo y se evita a toda costa entrar en las relaciones interpersonales, dado que se viven no pocas veces como fuente de conflictos, una reflexión sobre la gratitud puede ayudar a comprender como el agradecimiento humaniza y promueve la comunión interpersonal.

1) La gratitud en la actualidad

Un conocido pensador contemporáneo, Romano Guardini, observó con su habitual agudeza que la virtud de la gratitud se encuentra hoy en retroceso. La razón que esgrimía es la constatación que el libre dar y recibir no es ya el elemento determinante de la vida social. Este factor ha resultado privatizado y prima ahora la proclamación de derechos y su satisfacción organizada. Nuestra sociedad, por consiguiente, más que fundarse en el don, se basa en un pacto o contrato social (Hobbes).

Ante el declive de esta virtud, y siguiendo su tendencia a abordar las cuestiones de forma concreta y viva, Guardini se pregunta por las condiciones de posibilidad de la misma. En primer lugar señala con vigor que solamente cabe estar agradecido a una persona: no estamos agradecidos a nuestro perro ni a nuestro coche. Se trata, por tanto, de una virtud que se verifica siempre en un evento interpersonal. El agradecimiento, como ocurre también con el ruego, solo es posible entre un yo y un tú, es decir: ambos son expresión de un encuentro personal. Desde esta óptica, la gratitud es la forma básica de la comunidad. La segunda condición de posibilidad del agradecimiento es el ámbito de la libertad y de la voluntariedad. Para este filósofo la libertad y el agradecimiento son indisociables. Nadie puede obligarnos a estarle agradecidos. En tal sentido, en el ámbito de la obligación o donde rige la exigencia, la gratitud pierde su auténtico sentido. La tercera condición importante para que sea posible el agradecimiento es el honor: quien realiza una donación ha de hacerlo con respeto hacia quien la recibe, sin herir su honor. En esta dirección es necesario: evitar la indiferencia, asumir el papel del que hace una concesión, o el del que ejerce el poder. El que ayuda o hace algo por los demás no ha de hacer sentir su superioridad, pues si lo hace puede suscitar la humillación o el rencor. Desde estas coordenadas, solamente merece el nombre de ayuda la que hace posible el agradecimiento.

Si hay ocasiones que pueden dar lugar al agradecimiento, como la necesidad humana, la disposición amistosa a iluminar la vida de tantos modos, hay momentos en los que uno experimenta la necesidad de dar gracias, no por lo que uno ha hecho sino por la existencia del otro. Este estar agradecido a otro por existir, que se expresa con el dicho: “¡qué bueno que tú existas!”, es un agradecimiento que inconscientemente se dirige a Dios, que es quien ha querido que esa persona exista.

2) La gratitud y la palabra

Un teólogo italiano contemporáneo afirma que educar en la gratificación inmediata del deseo impide el agradecimiento. La razón es obvia: con la boca llena no es posible hablar, no se puede pronunciar la palabra gracias.

El análisis del uso del lenguaje se utiliza para conocer al hombre que lo emplea. El lenguaje es, así, una experiencia personal. Para la tradición judeo-cristiana, la palabra es el fundamento de la manifestación de Dios al hombre y el lugar donde este último se descubre como persona.

Dentro de estas coordenadas, un filósofo contemporáneo en una de sus obras titulada *La palabra es el camino* afirma que los dos mayores acontecimientos que tienen lugar en la relación entre las personas son la palabra y el amor. Ambos se implican mutuamente y liberan a cada hombre de la cárcel del aislamiento y de la soledad estéril. En la mencionada obra afirma: «La palabra y el amor se implican. Todas las desgracias que ocurren entre los hombres proceden de que éstos rara vez pronuncian la palabra recta. La palabra recta es siempre aquella que pronuncia el amor».

Desde esta perspectiva podemos considerar la acción de gracias como una experiencia básica de comunicación del amor. Dar las gracias, expresar verbalmente agradecimiento a alguien, es una primera respuesta al amor que nos sale al encuentro en mil y un detalles de la vida cotidiana. Toda expresión de gratitud se configura así como una forma básica de reciprocidad.

Expresar lo que llena el corazón humano es una tendencia común a todos. Como afirma el Evangelista San Mateo: «De lo que rebosa el corazón, habla la boca» (Mt 12,34). En esta expresión se vinculan misteriosamente corazón y boca, alma y cuerpo. En el dar las gracias se pone en juego toda la persona pues la acción de gracias tiene como objeto no solamente el don recibido sino también la persona que me da.

3) La acción de gracias

Cuando el agradecimiento es realmente profundo se transforma en acciones. Para descubrir la esencia del agradecimiento, es preciso prestar atención al modo en concreto en que se verifica el agradecimiento. Para ello, no es suficiente atender sin más a los actos de dar las gracias, pues uno puede muy bien contentarse con las formas convencionales de las mismas sin estar, en tal caso, realmente agradecido.

Agradecer algo a alguien tiene siempre como horizonte las personas. Presupone una relación yo-tú, y es exclusivamente a otra persona a la que puedo estar agradecido. No puedo, por ejemplo, estar agradecido a mí mismo. Sí puedo estar contento conmigo mismo, tener compasión de mí o hacerme reproches, pero no agradecerme: la gratitud se verifica cuando creemos que *otra persona* nos ha hecho algo bueno, nos ha mostrado su benevolencia.

En el agradecimiento hay por ello un elemento cognoscitivo: he de conocer y aceptar algo determinado antes de poder experimentarlo. Así, el agradecimiento es una respuesta: la persona que lo experimenta es movida a expresarlo, haciendo así que tome cuerpo en un acto social. Es decir, el agradecido experimenta la obligación de dar expresamente las gracias al hombre que le ha hecho algo bueno. Es un acto social en el sentido estricto del término, pues tiene que declararse para realizarse.

En la vivencia del agradecimiento se nos hace patente la dependencia humana. Podemos afirmarla con humildad auténtica e interiormente aceptada, o sentirnos humillados precisamente por ella. En una cultura como la nuestra que exalta la autonomía, la autosuficiencia, la autorreferencialidad, el término dependencia adquiere con frecuencia un matiz negativo, cercano a la debilidad, a la subordinación, a la incapacidad funcional para el desarrollo de actividades de la vida diaria, a la necesidad



de recibir ayuda. Sin embargo la dependencia mutua es una realidad antropológica fundamental. En efecto, por nuestra común condición humana, somos dependientes los unos de los otros, la ayuda recíproca nos enriquece, podemos ofrecérsela y estamos por ello obligados a brindárnosla.

En relación con la solidaridad humana, la gratitud implica que reconozco a la otra persona. Este reconocimiento es habitualmente mutuo. Reconocemos al que nos reconoce y viceversa. De este modo, los auténticos actos de dar gracias son como un antídoto contra la deshumanización.

Por consiguiente, todo agradecimiento contiene un elemento de conocimiento y de reconocimiento. Para que el receptor pueda corresponder al don dando gracias, ha de percibir la intención amorosa del otro. Ya que en el don recibimos el don de sí del otro, se trata de que en el don que se nos ofrece percibamos la intención del donante que se entrega en el don. De este modo, la gratitud es un comportamiento dirigido sea al don, sea al donante. Se acepta y acoge el don al tiempo que el que nos lo dona.

En la recepción de un don siempre hay un cierto elemento de sorpresa, pues recibo lo que no puedo exigir. La bondad que fluye libremente del que da solicita ser reconocida por parte del destinatario de modo que se genere una reciprocidad entre el que da y el que recibe. En esta reciprocidad se verifica una cierta paradoja, pues el que da experimenta que debe hacerlo y el receptor en cambio percibe que lo hace libremente. En la relación de amor, en las entrañas del dar y recibir se encuentra simultáneamente una exigencia y una esperanza de reciprocidad. [resumir] En esta circularidad, por una parte el donante ha de evitar el soborno y por otra el receptor la codicia. El soborno nace del no estar dispuesto al don de sí. Mimar a los hijos por parte de los padres tiene a menudo el carácter de soborno ya que busca solamente el calor y el bienestar de la relación afectiva, sin que se dé una entrega efectiva. Al mimo y sobreprotección de los padres responden los hijos con mala educación y caprichos.

4) El agradecimiento a Dios

Existe un agradecimiento que nos remite a otro orden, al ámbito religioso, pues no se verifica hacia ninguna persona humana. La gratitud hacia Dios pertenece a una manifestación de la religión de casi todos los pueblos. Incluso para personas que no se consideran religiosas es común este tipo de experiencias. El caso más extremo, en este sentido, es el descrito por Chesterton en su obra sobre san Francisco de Asís cuando escribe acerca del poeta inglés ateo Rosetti que hizo la siguiente observación: «...para un ateo el peor momento es aquel en que se encuentra agradecido y no tiene a nadie a quien agradecer». La persona agradecida encuentra en la vivencia del dar gracias un acceso a la persona absoluta.

El contraste entre la gratitud y la envidia revela cómo la primera tiene un poder de manifestación, mientras que la segunda supone una ruptura con la verdadera realidad de nuestra existencia. En el agradecimiento por los dones de mi vida alienta una capacidad salvadora, liberándonos de la negatividad y de la desesperanza.

La gratitud hacia Dios es una de las virtudes básicas que constituyen la esencia de la vida espiritual. Lo es por la diferencia que existe entre la criatura que es polvo y ceniza, y Dios que es inaccesible y absoluto. Por este motivo, la gratitud está profundamente vinculada a la humildad. El que agradece es consciente del hecho de que

es un mendigo ante Dios. La oración brota siempre de esta humildad ante el misterio de Dios, y no en vano entre las oraciones ocupan un lugar central las de acción de gracias.

La gratitud es la respuesta fundamental a Dios por parte de la criatura, una palabra elemental, una respuesta específica a un bien objetivo para la persona. Si el ser amados por Dios es la fuente original de toda felicidad, el agradecimiento es una respuesta al amor de Dios. En la auténtica gratitud hacia Dios el hombre se hace hermoso, pues sale de la inmanencia e ingresa en la entrega dichosa a Dios.

El filósofo danés Sören Kierkegaard dice que el agradecimiento a Dios brota del asombro de su amor, del deseo de eternidad que pone en su corazón. Para él la eternidad es el estado en que el agradecimiento se convierte en la única actividad humana: «En el cielo no haremos otra cosa que agradecer». Esta conexión entre asombro, gratitud y eternidad pone de relieve cómo el agradecimiento puede convertirse en el hilo conductor que une el misterio del origen, el asombro como inicio de toda filosofía con el misterio del fin, con la vida plena y lograda a la que aspira todo hombre.

El agradecimiento hacia Dios tiene la virtualidad de despertar al hombre, de introducirlo en la lógica de la sabiduría que supera la lógica pragmática y utilitarista. El que está lleno de gratitud hacia Dios, aquel cuya vida está impregnada de este gesto básico de agradecimiento, es también el único hombre verdaderamente despierto. La persona agradecida es lo contrario a la persona embotada, superficial, al que todo le parece natural y vive ocupada exclusivamente de las necesidades vitales.

En el agradecimiento se verifica una expresión de la afectividad humana que desborda y busca un cauce de expresividad. En este sentido la solemnidad de la palabra cantada supera a la palabra hablada como expresión del amor. No es casualidad que la acción de gracias ocupe un lugar tan importante en la liturgia. Baste pensar en los tres insuperables himnos que constituyen como el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento: el *Benedictus* (Lc 1,68-69), el *Magnificat* (Lc 1,46-55) y el *Nunc dimittis* (Lc 2,29-32).

5) La Eucaristía, escuela de la acción de gracias

La gratitud perfecta sólo es posible en y por Cristo, pues presupone un corazón conformado y fundido por la gratitud hacia Dios y es fruto de la transformación en Cristo. El hombre es un ser receptivo llamado a entregarse. Cuando es agradecido, el hombre ocupa su adecuado lugar en el cosmos. La costumbre encierra el peligro de abotargarse y dejar de apreciar los dones que proceden de los demás y de Dios. La gratitud incluye esencialmente la alegría, y el agradecimiento es una fuente fundamental de felicidad. En la verdadera gratitud resplandece en el alma una belleza incomparable.

La Eucaristía se interpreta por algunos desde la clave de una acción de gracias de Jesús al Padre. El término hebreo que la designa es "*todah*". Se trata de un sustantivo del verbo hebreo "*yadah*" que significa confesar, proclamar, reconocer las acciones de Dios, así como agradecerse las. Al pasar al griego se traduce por "*eujaristein*". Este tipo de plegaria se refleja en diversos salmos (Sal 22, 42/43, 116), y va unida a un sacrificio de acción de gracias. Supone una determinada situación, cuando una persona es salvada de un gran peligro (una enfermedad, una persecución, una amenaza); entonces celebra esa salvación proveniente de Dios como un nuevo inicio de su existencia, como un nuevo nacimiento. La celebración consiste en contar, reconocer ante Dios esa intervención de lo alto a través de una especie de confesión de fe y en el marco de un banquete sacrificial



de acción de gracias. Con los invitados a la comida, esta persona festeja ese paso crucial (pascual) de una situación de muerte a una situación de vida.

La Eucaristía como sacramento de la caridad es la acción de gracias de Cristo al Padre. El Hijo recibe del Padre y vive en acción de gracias hacia Él: «Te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25).

La gratitud es no solamente un acto sino una virtud, una disposición a la excelencia. En el cristianismo, las virtudes tienen como punto de referencia fundamental la verdadera humanidad de Cristo. Si Jesucristo, movido por el Espíritu, aprende a dar gracias al Padre, el transformado por Cristo aprende a unirse e incorporarse a esta acción de gracias a través de toda la economía sacramental que tiene su fuente y vértice en la Eucaristía. La inmensidad de la Eucaristía alienta la esperanza e invita a la alabanza, a la acción de gracias que es fuente de toda oración.



Un último apunte. La forma quizás más compleja de la gratitud es agradecer el agradecimiento. Algún autor apunta, en este sentido, que resulta extraña la reacción de aplaudir al que te aplaude. No todo agradecimiento ha de mostrarse necesariamente en aplausos. En esta dirección, la costumbre de aplaudir en el templo resulta muchas veces extraña, pues donde media más intimidad los aplausos sobran. Por ello ante el que agradece más que aplaudir, hay más bien que inclinarse, al menos interiormente. Con ello se expresa la indignidad ante la grandeza del agradecimiento.

6) Conclusión: amor y gratitud

Un refrán español afirma: “De bien nacidos es ser agradecidos”. En el libro de los Hechos de los apóstoles se recoge esta sentencia procedente directamente del Señor Jesús: «Hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35). Si la felicidad se vincula más al dar que al recibir, la mejor manera de dar es dar gracias. Nuestras sociedades occidentales precisan de una cultura del agradecimiento inseparablemente unida a la cultura de la vida.

La virtud del agradecimiento combate la tendencia general humana a dar las cosas por supuestas. En este sentido, constituye un eficaz antídoto contra la superficialidad y la banalidad que asolan lo que se ha denominado «modernidad líquida».

Entre todos los aspectos que aparecen en ella creo necesario resaltar que la gratitud se encuentra en íntima conexión con el amor interpersonal. En este sentido, así como el hombre vive siempre el amor como una respuesta al amor de Dios que le precede, así la gratitud es una respuesta fundamental a todo don que tiene en el amor siempre su primer motivo.

7) Concretando

1. ¿Cómo aprender la virtud de la gratitud en la familia?
2. ¿Qué importancia tiene expresar verbalmente el agradecimiento?
3. ¿Cómo aprender a vivir la Eucaristía como escuela de gratitud?
4. ¿Qué prácticas familiares pueden ayudaros a vivir más agradecidamente?



8) Compromiso

Rezar el *Magnificat* al final de la reunión todo el equipo.

9) Y ¿cómo puedo ampliar?

D. VON HILDEBRAND, *La gratitud*, Encuentro, Madrid 2000.

B. SCHWARZ, *Del agradecimiento*, Encuentro, Madrid 2004.

J. SEIFERT, "Pruebas de la existencia de Dios a partir de la gratitud y el amor», en ID., *Conocimiento de Dios por las vías de la razón y el amor*, Encuentro, Madrid 2013, 119-145.